

TRABAJO Y CAPITAL

Las nuevas jornadas

No recordamos período en que se haya desenvuelto con mayor viveza la lucha entre el trabajo y el capital. Ahora, proletarios y capitalistas combaten en todas partes, en todos los momentos, por todos los medios. Se ha roto y acabado definitivamente aquella secular solidaridad entre patrono y bracero, aún persistente en el campo, y que unía al uno con el otro por vínculos casi familiares. Hoy, entre ambos, se alza el sentimiento de recíproca hostilidad. Y justo es decir que a esa situación se ha llegado, tanto por el sufrimiento y la despierta inquietud del obrero, como por la irrefrenada codicia del capitalista.

Paralelamente se han desarrollado dos sentimientos que son los dos factores psicológicos de este combate: el antagonismo de los intereses opuestos y la solidaridad entre los intereses análogos. Pero ambos sentimientos tienen mayor viveza incomparable entre los trabajadores que entre los capitalistas, sin duda porque aquellos son los que tienen más beneficios que reivindicar. Ocurre en esto el caso raro de que siendo los proletarios los más desvalidos, los más cercanos a la angustia, son los más resueltos, los que más recia y prontamente se lanzan a la pelea; los capitalistas, en cambio, renuncian y esquivan recelosamente la lucha, y más la aceptan que la buscan, siempre acobardados ante las posibles consecuencias.

Lo mismo ocurre con la sensación de la comunidad de sus intereses. Asociarse más pronto que los obreros, porque conocen mejor las leyes y tienen más instinto de sus provechos; pero la solidaridad no es el vínculo legal, sino el vínculo afectivo, y esa trabazón de los anhelos que la constituyen no se logra sino cuando caldea previamente las conciencias la convicción de defender una causa justa; la solidaridad en la injusticia no es más que una fragilísima ficción. Esa solidaridad va ganando creciente rapidez las multitudes obreras. Socialistas o anarquistas, unidos sus nombres a Sociedades de resistencia o desligados de ellas, todos van siendo envueltos en el torbellino que los arrebató a la quietud. Los unos en la acción, los otros en el deseo, todos llevan ya en el espíritu la semilla que en ese combate por la emancipación de la familia humana, oprimida y sufriendo bajo el régimen capitalista, hizo ayer mártires, hoy combatientes, y mañana hará triunfadores.

La lucha proletaria ha hecho irrupción en el campo. Simultáneamente se combate en el campo y en la ciudad. Las informaciones de hoy nos traen, al mismo tiempo, noticias de Zaragoza y noticias de Jerez. Y al mismo tiempo la agitación subsiste en Cataluña y late en el Noroeste. En honor a la verdad, hay que reconocer que los obreros triunfan, con relativa facilidad, de los patronos y de los Gobiernos. Son indispensables para la mecánica social; toda la función de la riqueza, industria y comercio, reposa sobre el trabajo. Y se ha cometido la inhabilidad de apartarlos de todos los beneficios de esa riqueza, de ponerlos en contra de ella, de lanzarlos a una lucha de destrucción imponiéndoles una tarea hara pesada para sufrirla sin recompensa. Y se ha operado en los espíritus una evolución precursora de esta que se efectúa en la práctica, evolución que ha negado y niega hoy en el orden teórico, mañana en el práctico, al capital el derecho a la ganancia por cuyo ministerio ejerce sobre el trabajo tan cruel y rudo despotismo.

No es fácil determinar ahora a quién asiste la razón en estas nuevas jornadas de la lucha obrera que está viendo Zaragoza. Lo que sí puede afirmarse es que cualquiera que sea su término, los obreros obtendrán beneficio. En esto consiste su fuerza: como nada tienen que perder colectivamente—aunque individualmente pueden perder mucho, puesto que algunos pierden la tranquilidad, el sustento, la libertad y hasta la vida—todo es ganancia. La obra proletaria es de avance en las reivindicaciones y de extensión y ensanche en el movimiento; si una huelga triunfa, logran el primer fin; si fracasa, obtienen el segundo, y mientras más estrechamente fracasa, mayor provecho obtienen para el movimiento de la clase obrera. En alumbra esas mazmorras está interesado el honor de todos; pero como ninguno el del Gobierno.

A riesgo de ser pesados hemos de recordárselo al Sr. Maura cuantas veces sea preciso, mientras siga en pie ese horrible equívoco.

bazón de sus propios operarios. Bastará que la Asociación obrera se ensanche y que el espíritu cooperativo se desarrolle entre ellos, para que el trabajo, elemento activo, sometido al capital, elemento inerte, pasivo, o lo reemplace; o para reemplazarlo no necesitarán otra cosa sino que el factor inteligencia, el obrero intelectual, hoy a sueldo del patrono, se asocie a la obra del operario manual.

El término de la lucha no es otro: la preponderancia del trabajo sobre el capital. Gráficamente se advierte hoy en las notas de sueldos la relación: en una gran empresa, el presidente del Consejo de administración, representante del capital, tiene un sueldo de 20; el director técnico, representante del trabajo, lo tiene de cinco; cuando los términos se invierten, se habrá aproximado la justicia. La llamada legislación obrera, o a nadie contenta, o conduce a eso. Los legisladores no aceptan el término de ese camino; los legisladores pertenecen a las clases directoras, y capitalistas o no, participan en su mayoría de los prejuicios de éstos; no aceptan nunca la evolución en el ciclo económico, como no la aceptaron en el religioso primero, y después en el político, sino a la fuerza.

Y el punto en que quieren detenerse no basta. Llegan hasta los retiros de obreros, las Bolsas de trabajo, las cooperativas de consumo; y eso es ineficaz; los países donde de todo eso se ha implantado continúan en plena agitación proletaria: sean testigos Alemania, Francia, Bélgica. Los obreros no se detendrán, no podrán detenerse aunque quisieran, sino cuando se haga efectiva la fórmula «que el propietario trabaje y que el trabajador pasee», y esto requiere medidas más energéticas que las que nuestros hombres públicos y nuestro Parlamento son capaces de adoptar. La supresión de todo impuesto sobre las subsistencias, sobre el trabajo y sobre un límite de propiedad personal inconfiscable e inalienable; el reconocimiento forzoso de la personalidad colectiva obrera; la despiadada persecución del parasitismo, lepra española que acompaña forzosamente al capitalismo decadente; el gravamen progresivo sobre la renta; el servicio militar voluntario; cien resoluciones radicales y muy contrarias al espíritu de las sociedades burguesas, serían menester; y eso no está en el ánimo de los legisladores. Sólo que ya poco importa; ciego será quien no vea que el período preparatorio de la transformación obrera está casi terminado, y la transformación completa se aproxima inevitablemente con rapidez progresiva. Ahora están los hombres públicos en el momento oportuno para resolver si deben resistir la corriente y ser arrollados por ella, o ponerse a su cabeza y dirigirla; es negocio, más que de entendimiento, de corazón.

ALCALÁ DEL VALLE

Cuando el presidente del Consejo de ministros contestaba a nuestro deseo de que se esclareciera lo ocurrido en Alcalá del Valle denunciándonos, los repetimos la sentencia del griego: «pega, pero escucha».

Confidamos en que la opinión nos ayudará a enfocar esa obra transparentando sus muros, y que no hubo taquígrafos para consignar lamentos de los prisioneros, pudiera una poca de luz, hecha tardamente, impedir atropellos y martirios que nos deshonrarían si se ejercieran.

Conocen los lectores de DIARIO UNIVERSAL las afirmaciones de los presos en Alcalá del Valle, ya formándose la opinión en torno de esos casos padecidos, y engruesan las filas de cuantos clamamos por el nombre de España deshonrada en el extranjero con esa leyenda que, puesta en pie, circula como afro de fronda capaz de matar muchas vanidades.

Añoche El Gráfico, en un artículo hermosísimo, juntaba con los convencidos de que no se pueden dejar en silencio las gravísimas afirmaciones de los libertados, y pone sus bríos juveniles al servicio de la piedad, de la justicia y del patriotismo.

Somos ya muchos en España los que creemos necesario al decoro nacional contrastar esos gemidos de los presos, intervenir sus lamentos, desvanecer sombras, castigar infamias, si existen, orear la cárcel, rehabilitar nuestro nombre, europeizarlo con algo más eficaz que cuatro latiguillos retóricos, dos desplantes de escupelunos y unas majestades sin riesgos, ante las bambalinas parlamentarias.

Alcalá del Valle es pesadilla de cuantos amamos la humanidad; si las cosas así habían de tratarse santamente, estas trágicas hipótesis necesitan caerlos más vivos que el de un inmaculado expediente abierto por el Gobierno, y en el que nadie declaró.

En alumbra esas mazmorras está interesado el honor de todos; pero como ninguno el del Gobierno.

A riesgo de ser pesados hemos de recordárselo al Sr. Maura cuantas veces sea preciso, mientras siga en pie ese horrible equívoco.

Los señores suscriptores de Madrid que trasladen su residencia a provincias durante los meses de verano, tendrán derecho a recibir nuestro periódico en el punto que designen, abonando por adelantado el importe de un trimestre de suscripción.

POR TIERRAS DE ARAGON-GALLUR



Vista general de Gallur

Por su situación topográfica, Gallur es uno de los pueblos más afortunados de Aragón. Recostados sus terreros vivencias en la falda de un áspero monte, domina el pueblo la feraz llanura como celoso guardador de los ricos tesoros de sus campos.

De un lado el ancho cauce del Ebro, trovador entusiasta de las fértiles riberas, se desliza y ronda, y serpentea entre ellas como si más quisiera prodigar su caudal llegando a todas, que pasar de largo indiferente.

De otro lado, el canal Imperial, bordeado de árboles de sombra, se desliza pausadamente por terreno más alto, con aguas también del Ebro, tomadas más arriba, allí en las inmediaciones de Tudela, como el canal de Tauste, que también riega la vega de Gallur.

Desde la mayor altura, donde tiene su asiento la severa iglesia parroquial, se descubre un grandioso panorama. Al Occidente, y en primer término, se distingue, con toda claridad, Magallón, célebre por sus olivos, sus mistelas, sus fábricas de refinación de aceite y extracción del residuo por medio del sulfuro de carbono; algo más lejos, Boria, cuyo esmeradísimo cultivo se tiene por modelo, y allí, en el límite, el típico Moncayo, que se eleva hasta 2316 metros sobre el nivel del mar, y en una de cuyas estratificaciones se encuentra el santuario de Misericordia, estación veraniega de las más pintorescas y agradables de Aragón, donde veranean muchas distinguidas familias zaragozanas.

Volviendo la vista hacia el Norte, se descubren sucesivamente los pueblos de Mallén, Cortes y Novallas, renombrado, este último, por su hermosa catedral, y el santuario de San Sebastián, que se conoce por el nombre de la India.

En dirección NE. la mirada se extiende mucho más. Al otro lado del Ebro, Tauste trae a la memoria la famosa Virgen de Sancho Abarcá, llamada así por haberse aparecido a un cazador en las riberas del antiguo castillo de aquel nombre. Virgen, que se venera hoy, con gran devoción, en el santuario de Sancho Abarcá de aquel pueblo, muy visitado por la gente de estos contornos.

Pradilla, a la derecha, y más al Este, las célebres salinas de Romolinos.

Por encima de estos pueblos, y en la línea de montes que recorren la lejana zona, se distinguen, en días claros, el vetusto castillo de Boria, de señorial abolengo, donde encuentran, todavía hoy, alojamiento y tierra los labradores que van allí, de uno u otro pueblo, a sembrar cereales, sin adquirir otro compromiso que el de pagar en especie el día de la recolección, y en la medida de un fiasco por cada cinco de cosecha, entendiéndose por fiasco la hacha de treinta fajas.

Mirando hacia el SE. se ven todavía otros dos pueblos: Boquiquien y Luceni, señalado el primero con el calificativo de tierra de abogados, por allí instruidos e inteligentes que sueñen ser allí hasta los mismos labradores, que llevan fama de ser de todo.

En medio de aquella extensión vastísima, Gallur ocupa la más privilegiada situación.



Una calle del pueblo

Distante de Zaragoza unos 40 kilómetros por la línea del ferrocarril de Navarra, que empalma en Casetas con la de Madrid, Zaragoza y Alicante, y en Miranda y Alsasua con la del Norte, puede utilizarse, además, la navegación por el Ebro y por el canal Imperial, con más los beneficios de tres carreteras que cruzan su suelo: la de Zaragoza a Pamplona, la de Aragón y la de Cinco Villas y Sangüesa.

Como datos, los más elocuentes, para acreditar la riqueza de este pueblo, extracto a continuación la siguiente nota del movimiento de mercancías en la estación del ferrocarril:

Salidas en un solo año	Vagones.
Trigo y demás cereales.....	1.300
Romolacha.....	300
Alfalfa.....	300
Frutas.....	200
Azúcar.....	100
Vino.....	50
Lana.....	50
Varios.....	30
Total.....	2.330

En expediciones salidas, se hacen 8.000, con un producto para la Compañía de 145.000 pesetas.

Todo ello en pequeña velocidad.

El importe anual de las facturas de fruta en gran velocidad, oscila entre 90 y 100.000 pesetas.

Llegadas en un solo año	Vagones.
Romolacha.....	700
Carbón.....	700
Piedra.....	300
Abonos.....	200
Varios.....	150
Total.....	2.050

De 12.000 expediciones hechas en varias estaciones, calculase a cinco bultos una con una, o sea 60.000 bultos a entregar.

Producto a recaudar: 150.000 pesetas. No siendo el ferrocarril la única vía de transporte, claro está que no son completos los anteriores datos. Se ve, no obstante, que la principal riqueza de esta comarca es la fruta, cuya calidad es inmejorable, tanto por su aspecto lustroso, como por su gusto exquisito.

La filoxera, arrasó, años atrás, un hermoso viñedo; pero siendo el regadío las tierras que ocupaba la vid, pudieron en seguida dedicarse a otros cultivos, lo cual hizo menos sensibles las consiguientes pérdidas.

Existen, además, en este pueblo, cinco importantes fábricas: la Azucarera de Nuestra Señora del Pilar, que se constituyó con un



Un gallurano

capital social de 3 millones de pesetas, una fábrica de harina, otra de conservas, otra de aserrar maderas, recientemente instalada, y otra de alcoholes.

Este movimiento industrial ha sido causa de un gran aumento de población, que pasa hoy mucho de 3.000 habitantes, a lo cual contribuye notablemente la salubridad de este clima, donde los aires son puros, las aguas limpias y los alimentos sanos.

Abundantes la caza, la pesca y la fruta, por poco dinero se compra una buena anguila, una perdiz, un conejo; por seis perros, una codorniz por dos reales, media arroba de ciervos o de porcos; por una peseta, igual cantidad de melocotones. En cuanto al pan, basta decir que ojalá se elaborase en Madrid con tanto esmero y con tan buena harina.

Por término medio, se efectúan anualmente en Gallur 30 casamientos, y siendo, entre príncipes, adultos y viejos, 70 las defunciones, los nacimientos ascienden a 140.

Aun cuando el habla, el traje y las costumbres aragonesas se van perdiendo aquí, como en todo el resto de Aragón, todavía subsisten arrogantes tipos que recuerdan la tradicional gallardía de los bravos baturos, y cuadros, de marcado sabor castizo, que reproducen los aires de los regionales.

Para terminar, diremos que en este pueblo las ideas políticas se cultivan poco; caso de haber alguna predominante, la liberal es; pero en época de elecciones, los amigos de Moret y los amigos de Castellano trabajan y luchan más bien por la persona que por la idea.

Aquí pensamos poco en eso—me decía ayer un labrador amigo, cuando, con el azado al hombro, regresaba de su trabajo—ta está en el mundo y si a mano viene se lo olvida regar un corro de panizo.

Tenía razón. ¿Qué falta hacen las ideas sin fruto donde tan bien arraigan los árboles frutales!

MARIANO MIGUEL DE VAL

Gallur 6 de Agosto.

LECTURAS PARA LA MUJER

EL PELIGRO DE LAS AGUAS

Salud y belleza son dos palabras que no pueden separarse; la verdadera belleza necesita de la salud, la sonrisa, la alegría, la limpieza del cutis, el brillo de los ojos, la ligereza de los movimientos; todo lo que constituye el encanto y la hermosura de la juventud, es efecto de una salud buena.

Por eso, y en vez de objetos de perfumería, de auxilios de la química y de corsés y pinturas, aconsejo a las señoras la higiene para la conservación de la belleza.

En Madrid vivimos de milagro: aire escaso y viciado, alimentos con adulteraciones y agua que no se puede beber. El estado de la última es lo que me impulsa a dar estos ligeros consejos higiénicos a mis lectoras.

No hay medio de beber agua sin exponerse a graves enfermedades y trastornos del aparato digestivo.

Para que no se crea que exagero, véase lo que dice el Boletín del Laboratorio Municipal correspondiente al mes de Junio:

«Las aguas que en Junio han ofrecido mayor número de colonias a los cultivos han sido las procedentes de Lozoya, singularmente las del Canillito.

«Su especificación ha demostrado la presencia del bacillus termo, fluorescens, liquefaciens, putridus, coli, mesentericus y subtilis, cuya asociación ha determinado la muerte de los ANIMALES DE EXPERIMENTACIÓN A LOS CUALES SE INOCULAN CULTIVOS.

«La mayor parte de dichas especies, además de haberlas encontrado en las aguas procedentes de Lozoya, se han observado asimismo en las del viaje Bajo Abroñigal, Alcubilla y Amaniel.»

Se hace preciso, en vista de este testimonio, no beber el agua sin tomar grandes precauciones. En muchas partes se venden ya las aguas esterilizadas (la filtración no basta), y los sifones de aguas minerales, que como el agua de Seltz, ha sido hecho tan popular.

Empero estos sifones ofrecen un peligro: es necesario que toda su canalización sea de vidrio, y que el metal sólo le sirva de envoltura exterior.

El contacto del agua con el metal, sobre todo en las aguas minerales, puede producir compuestos salinos venenosos.

La ciencia, que vela por la salud pública más que los Gobiernos, ha encontrado ya el medio de esterilizar el agua conservándole el aire, sin el que se harían pesadas e indigestas.

Así, pues, es fácil adquirir el agua esterilizada para el consumo, y cuando absolutamente no se pueda, hacerla hervir y moverla después al aire libre para que vuelva a oxigenarse.

Esta precaución no es baladí, y las lectoras deben tener en ella para prevenir enfermedades de las vías digestivas, pero siempre lunáticas.

Desde el punto de vista de la belleza, la limpieza del tubo digestivo es de gran importancia; las manchas de la piel, el mal color, las ojeras, arrugas, caída del cabello, enfermedades de los ojos y de la dentadura, obesidad, etc., suelen ser producidos por las malas digestiones.

Restame advertir que el tomar el agua con vino o con alguna bebida alcohólica no evita el efecto de los microbios, y que tampoco es prudente privarse de tan precioso líquido.

El agua pura es la más sana y la más deliciosa de las bebidas... Pero enténdase bien: el agua PURA.

COLOMBINA

LO MISMO DA

Procedente de su apoteosis ha llegado a Madrid esta mañana, en el expreso de Sevilla, el Sr. Sánchez Guerra. Salvo los funcionarios que asisten de oficio a la llegada de los trenes cuando viene en ellos algún viajero de nota, nadie se ha enterado del feliz arribo: eso prueba que nadie había echado de menos al ministro de la Gobernación.

En pleno verano, cuando suelen hacer efervescencia los fervores revolucionarios, y apenas hay provincia sin huelga, más o menos amenazadora, el Sr. Sánchez Guerra ha podido darse el gusto de pasar unos días felices en su tierra, respirando los aires puros de la campiña cordobesa, y elevando allí, con materiales fácilmente recogidos en el ministerio de la Puerta del Sol, el solio para su caciato.

De nada se ha privado el ministro, y de nada le han privado sus paisanos; ha salido a banquete diario, cuando no ha gozado de dos en un día; ha hecho senador a un protegido de la familia y llamado a su seno a casi todos los gobernadores de la región y a otros muchos de provincias lejanas, pero que tienen la dicha de ser cordobeses, y se ha formado con ellos una corte que ha dado brillo y esplendor a su figura en los paseos por la ciudad de los cañiles y en los agapes innumerables con que le han obsequiado los conservadores cordobeses y los conservadores leoneses, los hijos de Córdoba y los hijos de Caba, y no sabemos cuántas agrupaciones más. Sánchez Guerra en Córdoba ha podido creerse grande, y los cordobeses han podido creer grande a su paisano. Sánchez Guerra, que por ir contra todo va hasta contra los refranes, ha sido profeta en su patria.

Pero, entretanto, es lo cierto que aquí, en pleno verano, cuando las esperanzas revolucionarias reverdecen, las huelgas apuran y surge de nuevo la campaña anti-inquisitorial con caracteres más alarmantes que nunca, nadie se ha acordado de Sánchez Guerra, quien en este Gobierno de ministros pequeños, que para celebrar Consejo necesitan los auxilios del teléfono que una a Madrid con San Sebastián, resulta el más insignificante de todos. Rodríguez San Pedro opina, y aunque sea telefónicamente, tiene voz y voto en los Consejos. De Sánchez Guerra no se acuerda nadie; ni nadie la pregunta, ni él, por lo visto, tiene nada que decir.

De Córdoba a Madrid la figura se ha empujado considerablemente. El Sr. Sánchez Guerra ha llegado; pero lo cierto es que no hacía mucha falta, y podía haber seguido gozando de las delicias de la amistad agradecida. Está o no está, no tenemos ministro de la Gobernación; de modo que lo mismo da.

LA CURACIÓN DEL IDIOTISMO

Podría decirse a leer este artículo en la seguridad de que ni es científico ni se trata de ningún reclamo, sino simplemente de una nueva victoria de la Ciencia sobre el método descubierto por el famosísimo Brown-Sequard y aplicado con éxito por el profesor austriaco Wagner de Jauregg, sobre algunos casos de diversos establecimientos provinciales de Beneficencia de Viena le ha confiado para sus experiencias. «Oído al parche!»

Parece que los casos de idiotismo radican en aquellos individuos que tienen defectuoso el cuerpo tiroideo. Y como para todo habrá tiempo, digamos—porque no todos tienen la obligación de saber dónde tienen el tiroideo—algo de lo que es este órgano.

De uso ignorado hasta el día—anatómicamente considerado—el cuerpo tiroideo es un órgano glandiforme situado en la parte inferior y delante de la laringe y de los primeros anillos de la tráquea.

Esta, en la actualidad, interesantísima glándula se halla en relaciones inmediatas con algunos músculos del cuello, con las arterias carótidas primitivas, con las venas yugulares internas y con los nervios vagos y sus ramos recurrentes.—Toda gente delicada y fina; como habrán ustedes podido observar.—Está considerado como un ganglio sanguíneo capaz de modificar las propiedades de la sangre que circula por su parénquima y no posee conducto excretorio.

Persona habrá que al leer estas líneas se eche en seguida mano al pescuezo a ver en qué estado se encuentra el cuerpo tiroideo, o sea el órgano del idiotismo.

Hago el obsequio de advertir a los escamoteadores que no se encuentran ni en mal ni en buen estado; pero caso que lo notaran defectuoso en algún amigo o pariente—que de todo tiene la vida del Señor, allá van el método y el medicamento para atenuarlo, y quizás para hacerlo desaparecer, según afirma Wagner de Jauregg.

«Han oído ustedes hablar de la teoría antropométrica, mediante la cual pasan al alma de los comensales las bellas cualidades que los comidos poseían en vida? Pues aplicada inmediatamente el mismo principio, y alimentada vuestra glándula enferma por medio de una alimentación apropiada con elementos nutritivos capaces de tonificarla, y como nada es tan asimilable en materia de nutrición como la carne de su propia carne, por qué no lo de lo que comes, crías, tratemos rápida y brutalmente al órgano del idiotismo por medio de la tiroidofagia.

Y vamos al medicamento.

«La tiroidina es, como se sabe—traduzco literalmente—un medicamento que se obtiene extrayendo al tratar por procedimientos especiales la glándula en sus misteriosas funciones.»

Y ni una palabra más añade el sabio doctor Wagner acerca del medicamento, y hace bien, porque seguramente iría a la cárcel; digo, a no ser que haya por esos mundos de Dios quien se deje sacar el jugo de la papera—que si lo habrá—para obtener la tiroidina que el famoso doctor suministra en tabletas, habiendo obtenido después de algunos meses de tratamiento, en casos típicos, los siguientes resultados:

En pacientes de poca edad hasta adultos, un verdadero éxito, hasta hacernos capaces de frecuentar las escuelas municipales, y en idiotas pasados de la edad mediana ha conseguido considerables reformas orgánicas.

«La tiroidina es, como se sabe—traduzco literalmente—un medicamento que se obtiene extrayendo al tratar por procedimientos especiales la glándula en sus misteriosas funciones.»

Y ni una palabra más añade el sabio doctor Wagner acerca del medicamento, y hace bien, porque seguramente iría a la cárcel; digo, a no ser que haya por esos mundos de Dios quien se deje sacar el jugo de la papera—que si lo habrá—para obtener la tiroidina que el famoso doctor suministra en tabletas, habiendo obtenido después de algunos meses de tratamiento, en casos típicos, los siguientes resultados:

En pacientes de poca edad hasta adultos, un verdadero éxito, hasta hacernos capaces de frecuentar las escuelas municipales, y en idiotas pasados de la edad mediana ha conseguido considerables reformas orgánicas.

«La tiroidina es, como se sabe—traduzco literalmente—un medicamento que se obtiene extrayendo al tratar por procedimientos especiales la glándula en sus misteriosas funciones.»

Y ni una palabra más añade el sabio doctor Wagner acerca del medicamento, y hace bien, porque seguramente iría a la cárcel; digo, a no ser que haya por esos mundos de Dios quien se deje sacar el jugo de la papera—que si lo habrá—para obtener la tiroidina que el famoso doctor suministra en tabletas, habiendo obtenido después de algunos meses de tratamiento, en casos típicos, los siguientes resultados:

En pacientes de poca edad hasta adultos, un verdadero éxito, hasta hacernos capaces de frecuentar las escuelas municipales, y en idiotas pasados de la edad mediana ha conseguido considerables reformas orgánicas.

«La tiroidina es, como se sabe—traduzco literalmente—un medicamento que se obtiene extrayendo al tratar por procedimientos especiales la glándula en sus misteriosas funciones.»

PARÍS

«El automóvil, mamá...»

Parece que cuantos estamos habituados a los camajones y a los grises de Madrid, que lo matan a uno al descender como una tromba por cualquier call. de Atocha o al pasar cual una exhalación por cualquier calle del marqués del Urquijo, no debíamos extrañarnos de los riesgos urbanos que se corran en otra población; pero sí podemos y debemos, porque en el mundo hay más, ya que hay París y hay automóviles.

Sin contarlos a éstos, el ciudadano parisien puede ser muerto de cuatro modos, sólo por los tranvías: pateado bárbaramente por caballeros enormes si el vehículo que se desliza sobre los rieles es de tracción animal; aplastado como una chinchilla, si el carruaje es uno de estos armatostes de vapor; si el tranvía es de trolley, electrocutado por un cable que se rompe y cae en plena cabeza; si el tranvía es de plats, y cualquiera se descuida pisando uno de ellos cuando se ha formado un circuito, electrocutado por la corriente eléctrica que brota a los pies del transeúnte.

Si viviera Juanito Pedal, aquel nuestro querido y malogrado compañero Adolfo Rodrigo, y hubiera conocido a estos ciclistas de París, hubiérase asombrado. No son sportmans, son empleados o dependientes de almacén que guían con una mano y llevan en la otra el paquete que han de entregar a domicilio. ¿Cómo sortean los carruajes, como doblan las curvas, cómo se deslizan por las avenidas! Lo único que no hacen es mirar al transeúnte. Y esto es otro de los peligros de París, porque la bicicleta no mata, pero «estropea».

Y queda el automóvil: lo terrorífico, lo horrible, lo que causa un puñado de víctimas diarias.

Tanto mal hacen, que se ha iniciado una campaña contra los automóviles. El director de la edición parisienne del New York Herald, ha dicho en un artículo que es preciso organizar una policía especial, lo que sea, cualquier cosa, para impedir las demasías del automóvilismo. El periódico yanqui-parisien pide una suscripción para costear lo que haga falta, y ofrece que la encabezará con 10.000 francos. Luego he sabido que esta iniciativa generosa se le ocurrió al director del New York Herald un día, reciente, en que al cruzar el Rond-point de los Campos Elíseos, estuvo a point, también, de ser hecho pedazos por un aligero automóvil.

Pero, ¿debe tratarse en broma de estas cosas? Creo que no. Varias veces hablé del nervosismo y del morbosismo, por lo tanto, que provoca la vida sin calma y sin tranquilidad de las grandes poblaciones. El parisien se lleva 20 ó 30 pequeños sustos diarios de que no se da cuenta, que olvida con igual rapidez que los recibe, pero que, indudablemente y a la larga, harán alguna huella en su organismo; como en el individuo que nunca se embriaga, pero que «por la mañana toma una absenta, tras del almuerzo un cognac, entre comidas dos bocas, antes de cenar otro ajeno y otro cognac después—acaba de escribir un médico francés,—termina tan alcohólico como el borracho habitual».

Pues por igual manera, pienso yo, acabará en la neurastenia y aun en la locura quien, sin sentir nunca el terror pánico, mortal, experimenta al día los 20 minutos terrores del ciclista que pasa rozándose y tocando la campanilla, del automóvil que le avisa con un «bocina» cuando está ya encima, del coche escapado cuyo guía avisa con el ronco ¡Eh! ¡La bast!».

«Que estos son miedos y temores de los de París? Pues escuchad a un parisien, a Estéfano Lauzanne, el redactor en jefe del Matin que escribe hoy, y sólo refiriéndose a uno de los riesgos que lo citados.

«Aun en aquel instante en que personalmente se halla fuera de peligro, el peatón no puede estar libre del pavor que inspiran los automóviles. Se encuentran llono de un sentimiento de angustia viéndolo a su lado, ante él, detrás de él, pasar esos bolidos furiosos que no siempre despiertan en el ánimo ideas de ciencia y de progreso—y esto yo lo subrayo, al traducir.—Y aunque no se sea actor en este círculo de muerte que se llama París; aunque se esté bien seguro en un balcón, siempre se siente la sensación del peligro constante, de la posibilidad de ver cómo abajo, en la calle, sobreviene de pronto el accidente que quite la vida a algunos seres.»

Cuando, por los que piensan—pensamos—que esta Europa, como aquel Noroeste, va a irse al infierno el mejor día, se habla del surmenage, de la falta de existencia campestre; de la falta de higiene—en París no hay mucha higiene;—de las casas; de la mala alimentación; del alcoholismo; de la desmoralización; de la familia; de los vicios, etc.; de todo lo que nos agota, debe también añadirse a la cuenta todo esto que la ciencia, especialmente en sus ramas del vapor, del petróleo y de la electricidad, ha puesto en nuestras calles europeas.

«Tanto camina, tan locamente se encumbra, que ya no se luz que ilumina, sino hoguera que deslumbra.»

dijo de la razón Núñez de Arce. Pues éste agotamiento que produce el exceso de pensar, añádesle el que produce el pensamiento cuando de la cabeza del ingeniero pasa a un proyectado, a un plano y luego se convierte en los deslumbramientos y terribles hechos que se llaman el vapor rápido, el tren relámpago, el automóvil rápido, la corriente eléctrica fortísima.

«La ciencia moderna ha suprimido la peste con la higiene; perdonémosle el daño que haga con el automóvilismo y la electricidad. Más muertes que un automóvil producirá una endemia.»

